

**DOMINGO XV
T. ORDINARIO. CICLO A**

Con ojos nazarenos
HH. SAGRADA FAMILIA



LAS LECTURAS

-Is 55,10-11

-Sal 64

-Rom 8,18-23

-Mt 13,1-23

Salió Jesús de casa y se sentó junto al lago. Y acudió a él tanta gente, que tuvo que subirse a una barca; se sentó y la gente se quedó en pie a la orilla. Les habló mucho rato en parábolas:

-Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, un poco cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se lo comieron. Otro poco cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y como la tierra no era profunda brotó en seguida; pero, en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó. Otro poco cayó entre zarzas, que crecieron y lo ahogaron. El resto cayó en tierra buena y dio grano: unos ciento, otros sesenta, otros treinta. El que tenga oídos, que oiga.

Se le acercaron los discípulos y le preguntaron:

-¿Por qué les hablas en parábolas?

Él les contestó:

-A vosotros se os ha concedido conocer los secretos del Reino de los cielos, y a ellos no. Porque al que tiene se le dará y tendrá de sobra, y al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Por eso les hablo en parábolas, porque miran, sin ver, y escuchan, sin oír ni entender. Así se cumplirá en ellos la profecía de Isaías: "Oiréis con los oídos, sin entender; miraréis con los ojos, sin ver; porque está embotado el corazón de este pueblo, son duros de oído, ha cerrado los ojos; para no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse para que yo los cure". Dichosos vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen. Os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis vosotros, y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron. Vosotros oíd lo que significa la parábola del sembrador: Si uno escucha la Palabra del Reino sin entenderla, viene el Maligno y roba lo sembrado en su corazón. Esto significa lo sembrado al borde del camino. Lo sembrado en terreno pedregoso significa el que la escucha y la acepta en seguida con alegría; pero no tiene raíces, es inconstante, y, en cuanto viene una dificultad o persecución por la Palabra, sucumbe. Lo sembrado entre zarzas significa el que escucha la Palabra; pero los afanes de la vida y la seducción de las riquezas la ahogan y se queda estéril. Lo sembrado en tierra buena significa el que escucha la Palabra y la entiende; ése dará fruto y producirá ciento o sesenta o treinta por uno.

EL COMENTARIO DESDE NAZARET

Después de haber leído en el evangelio de Mateo el discurso de la montaña (caps. 5-7) y el discurso de la misión apostólica (cap. 10), encontramos en el cap. 13 el discurso de las parábolas. Con la primera de ellas, la del sembrador, que leemos este domingo, el evangelista nos descubre también el motivo del lenguaje parabólico empleado por Jesús.

El texto de hoy comprende una introducción narrativa que presenta a Jesús en actitud docente, en un ambiente alejado del lugar habitual de residencia de la gente (el mar) y rodeado de dos categorías de personas: la multitud (más bien hostil a Jesús en esta parte del evangelio de Mateo) y los discípulos. Viene después la parábola propiamente dicha, que examinaremos con más detalle. Sigue un intermedio en el que Jesús explica las razones de su hablar en parábolas y a continuación el evangelista ofrece la explicación de la parábola. Los comentaristas dicen que esta última parte no puede atribuirse al Jesús histórico sino que sería la explicación que la comunidad primitiva daba habitualmente de las palabras del Maestro.

Si nos fijamos en la parábola propiamente dicha, podemos subrayar los tres actores principales: el sembrador, la semilla y los diferentes tipos de tierra que producen fruto en medida diferente. Nosotros concentraremos la atención ahora sólo en la semilla.

En la narración se pone el acento en su fecundidad. A pesar de que parte de ella se pierda por falta de acogida, cuando encuentra el terreno adecuado, la semilla germina y da fruto. El fracaso repetido se interrumpe de modo sorprendente al final de la narración; cuando todo parece perdido aparece la tierra buena y se da el éxito final de la siembra e indirectamente del sembrador. La semilla (identificada con la Palabra de Dios en la interpretación) es presentada como conteniendo una virtud propia, un poder germinador que es independiente del suelo donde cae, pero que necesita de un lugar donde arraigar.

A subrayar ese poder autónomo de la Palabra contribuye la lectura de la parábola que se hace en la liturgia ya que viene precedida por el texto de Isaías que describe el ciclo de la Palabra y su fecundidad. El profeta la compara con la lluvia que penetra, fecunda la tierra y la hace producir sus frutos para regresar al lugar donde reside, según la concepción cosmológica antigua.

La dificultad de la germinación y la tardanza en producir el fruto encuentra eco, incluso en dimensiones cósmicas, en la 2ª lectura. La realidad germinal de la salvación traída por Cristo reclama la manifestación gloriosa y el cumplimiento total de lo que es ya una realidad en el hombre bautizado y en el mundo en cuanto tal.

El sembrador

La meditación del evangelio desde Nazaret nos lleva a fijar la mirada ahora más bien en el sembrador de la parábola. En realidad todas las parábolas, al hablarnos del Reino de Dios, nos dicen también algo acerca de Jesús mismo que lo anuncia y lo personaliza en sí mismo.

En el caso de la parábola del sembrador de lo que se habla en primer término es de la experiencia misionera de Jesús. El salió de Nazaret para anunciar la buena nueva como buen sembrador y sembró abundantemente la palabra de salvación en su tierra de Galilea. Tras un cierto éxito inicial, y prueba de ello es el gentío que tiene delante cuando habla, empieza a ver cómo lo que dice encuentra muchas resistencias para arraigar de verdad en la gente y para que llegue a dar fruto. Los relatos evangélicos testimonian ampliamente como a medida que pasa el tiempo el panorama se va ensombreciendo. Hay quienes no comprenden lo que dice, su corazón es duro como la tierra de un camino; el diablo parece llevarse lo que él había depositado; después de haberlo seguido un instante muchos lo abandonan. Hay quienes acogen su mensaje con alegría, muestran incluso deseos de seguirlo, todo hace pensar que seguirán adelante, pero apenas llega la hora de la prueba se muestran flojos o bien son otras preocupaciones las que se encargan de sofocar una planta que prometía... Muchas veces la experiencia del profeta, del anunciador de la buena nueva es desalentadora.

Pero cuando todo parece perdido, y en eso está el aspecto que podríamos llamar profético de la parábola, cambia todo, se da una acogida y una fecundidad insospechada, la tierra da su fruto. También esto trasluce la experiencia de Jesús. Cuando las multitudes le vuelven la espalda y hasta piden su condena a muerte, cuando hasta sus discípulos lo abandonan, cuanto parece que todo va a terminar en un fracaso he aquí que la palabra empieza a multiplicarse y sale de Jerusalén para llegar hasta los confines de la tierra. Jesús vio al ejercer su actividad evangelizadora cómo al lado de la cerrazón de algunos, otras gentes sencillas se iban abriendo a su palabra y, aun en medio de muchas resistencias y dificultades, supo con certeza que un día su mensaje se abriría camino.

En realidad Jesús está expresando en la parábola su experiencia humana más profunda. Consciente de poseer y de tener que anunciar el amor del Padre, el mensaje de salvación, toca con la mano la lentitud, la inconstancia, la dureza del corazón humano. Encontramos así una prolongación de su camino de encarnación que tantos años había durado en Nazaret. Y encontramos también un anuncio de lo que será su experiencia definitiva de abandono en las manos del Padre cuando llegue el momento de la muerte, como grano caído en tierra.

En eso consiste la experiencia del sembrador: echar la semilla en tierra con una gran esperanza, una esperanza que no se doblega ni ante las apariencias de esterilidad ni ante la dureza de la tierra, sino que confía totalmente en quien le asignó la misión y en la fuerza misma del mensaje.

*Señor Jesús, Palabra de Dios,
tú has sido sembrado en nuestra tierra
y has experimentado en tu vida
toda la resistencia y oposición
que nosotros ponemos para dejarte germinar.
Danos tu Espíritu Santo
que rompa la dureza de nuestro corazón
para que nuestro ojos te vean
y nuestro oídos te escuchen.
Así podremos dar los frutos
que el Padre espera de nosotros.
Que la esperanza de la cosecha
venza en nosotros la duda y el abatimiento
ante la lentitud y las dificultades
con las que tropieza el Reino.*



La tierra

La donación gratuita y generosa por parte de Dios, que ha sembrado abundantemente su Palabra, la fuerza germinadora que ésta lleva en sí misma, la difusión del Evangelio en el mundo, prueba inequívoca de que la misión de Jesús no ha sido vana, no debe hacernos olvidar el otro actor de la parábola: la tierra.

La interpretación de la parábola que ofrece el texto mismo del evangelio, pone el acento precisamente en los diversos modos de acoger la semilla; se da por descontado la generosidad del sembrador y la bondad de la semilla.

El punto clave de la acogida está en el "comprender" la Palabra. Todas las personas representadas por los tipos de tierra que no dan fruto "escuchan" la Palabra, pero sólo quien escucha y comprende es tierra buena. De ahí la importancia de las palabras de Jesús sobre el ver sin ver y el oír sin oír ni comprender, que marcan la neta diferencia entre la Palabra sembrada y la Palabra acogida. Es la línea sutil que separa el creer del no creer. El evangelio no busca las razones de esa distinción: a unos es dado a otros no. Daría la impresión incluso que en nada depende de las personas. En realidad, si leemos bien el texto de Isaías 6,9-10, al que remite la expresión evangélica (Cfr. v. 13) encontramos la explicación. Se trata de aquellos que por tener un corazón endurecido no pueden ver ni oír. Son quienes de forma explícita y consciente rechazan la conversión. No son quienes no ven u oyen, sino quienes no quieren ver ni oír.

La parábola pone el dedo en la llaga de lo que significa acoger o rechazar la salvación que es ofrecida gratuitamente por Dios. Por eso Jesús declara dichosos a sus discípulos, porque "ven" y "oyen".

Los porcentajes en el rendimiento de cada terreno tienen desde este punto de vista una importancia secundaria. Se diría que el sembrador se contenta con lo que cada uno buenamente puede dar. La oposición principal se produce entre la tierra buena (solo una) y los diferentes tipos de tierra baldía (que son tres).

La tradición cristiana ha visto siempre en los diferentes tipos de tierra, los diferentes modos de responder a la gracia de Dios. Hay siempre en ello un más y un menos del que depende no sólo la suerte personal de cada uno - "cada uno recogerá según lo que haya sembrado" (Gal 6,6)- sino el progreso del Reino de Dios en este mundo.

H. TEODORO BERZAL. FSF.